

CUECA LARGA DE CHILE, SIN PAÑUELO
Y
CON TRES VUELTAS¹

Soledad Bianchi
Universidad de Chile
soledadbianchilaso@gmail.com

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973, EN CHILE, LA PRIMAVERA ESTABA
POR LLEGAR

Cercados. Parecíamos presos tras las altas rejas que, por la avenida Macul, rodeaban el Pedagógico de la Universidad de Chile, su Facultad santiaguina más politizada y activa. Serían las 9 y media -10 de la mañana. A diferencia de todos los días, cuando en sus pasillos, jardines, patios y salas circulaban miles y miles de estudiantes, funcionarios y profesores, ese martes no habíamos llegado muchos: algunas centenas, quizá; tal vez, menos. Y ese día, a diferencia de los otros, por Macul no había tránsito alguno. En cambio, por más de una cuadra, de trecho en trecho, un militar apuntaba hacia el Pedagógico. Y en el suelo, a su lado, por todo el trayecto, una caja hacía pensar en proyectiles de repuesto, ¿o sería como en las películas y desde ella salía la cinta de balas que prolonga las ametralladoras?

Caminábamos juntos con un joven (era menor que yo y, entonces, yo tenía 25). No nos conocíamos, pero nos reconocimos en el intento de llegar a “nuestro lugar de

¹ Una cueca de velorios exige bailar sin pañuelo, a causa de la tristeza. Las “tres vueltas” del título apuntan a los períodos del Golpe de Estado Cívico-Militar y de la Post-Dictadura, impensables –e inexistentes– sin el Gobierno de la Unidad Popular y el presidente Salvador Allende. Originalmente más extenso, este artículo fue escrito –hace varios años– para *Carnet de route à quatre voix: Angela, Cinta, Monique, Soledad* (Paris, Éditions Tirésias, 2015). Tanto en francés como en castellano sólo se han publicado fragmentos del todo. En esta ocasión, opté por finalizarlo con el Plebiscito que inició la Transición a la Democracia, la Post-Dictadura o la Democracia, que de las tres maneras puede decirse, según sus perspectivas, atent@ lector@. No está demás recordar que, con su ironía y perspicacia habituales, el escritor Pedro Lemebel acuñó el término “demos gracia” para polemizar y relativizar esta etapa.

trabajo”, obedeciendo esa orden, tan repetida entre los partidarios del Gobierno, en caso que “algo” sucediera.

Cada uniformado cercano llevaba un brazaletes. Se rumoreaba que su color indicaba la postura política. –“Oiga, ¿usted es leal o no?”–, le dijo el muchacho a uno de ellos, y yo, aterrada, aproveché el silencio desconfiado, que se me hizo eterno (“la vida es eterna en cinco minutos”, había cantado Víctor Jara), para apartarlo y convencerlo de que nos alejáramos de la entrada principal y tratáramos de ir por otro lado.

Creo que él optó por escalar unos muros. Alguien, creo, me sugirió una puerta lateral, en otra calle, sin vigilancia todavía. Caminé algunas cuadras. Casi al entrar, me crucé con alumnos residentes en los Pabellones universitarios, al interior del Pedagógico. Salían raudos, unos más ligeros de equipaje que otros, convencidos que podrían trasladarse a sus casas, fuera de Santiago. De pronto, oí que me llamaban. Era “Tribilín”, un estudiante brasilero, refugiado político. Parecía haber dejado de ser mulato porque estaba lívido, y muy nervioso. (Hacía exactos tres meses, el 15 de junio de 1973, lo había visto llorar. Ahora, en sus ojos podía verse aún el espanto por el asesinato de su compañero Nilton Rosa da Silva, otro estudiante de Brasil, asilado en Chile. Poeta, militante del MIR, de pelo largo y 24 años. Ese viernes de invierno, civiles de derecha dispararon contra una manifestación casi terminada, en el centro de Santiago. Sus balas enmudecieron el portuñol de Nilton, que marchaba en sus últimas filas). Su muerte / la muerte se nos hizo presente cuando tratábamos de escaparle, ahora, cuando nos encontramos con “Tribilín”, y él se iba. Rápido, me explicó que “lo peor vendría después”, cuando todo funcionara en aparente calma, cuando no hubiera amenazas de bombardeo, cuando las detenciones *apenas* se notaran, cuando el poder estuviera instalado, seguro, sin oponentes visibles. No recuerdo su nombre. Quizá nunca lo supe. Le decíamos “Tribilín”. Me pregunto si él habrá tenido la suerte que nos deseamos.

En el Departamento de Castellano, mi “lugar de trabajo”, se oía una radio. Los golpistas habían anunciado que bombardearían La Moneda si el presidente Allende no se rendía. A las 10.15, él ya había transmitido su último mensaje. Estábamos atónitos. Aterrorizados, además, que alguien lanzara insultos o algún objeto a los impávidos militares que nos rodeaban, amenazantes. Tras las rejas, ¿nos verían, ellos, como los primeros rehenes de un nuevo período que era una incógnita?, ¿se sabrían ya vencedores o también estarían asustados?

Estaba nublado. Era cerca del mediodía cuando voces triunfantes proclamaron:

Bombardeo: siete pasadas de los Hawker Hunter: 11,52; 11,53; 12,03; 12,05; 12,07; 12,09; 12,13. Vienen del sur, dan vuelta por detrás del Cerro San Cristóbal, pican, perdiendo altura, sobre el centro, a una cuadra de la Estación Mapocho

desprenden sus rockets y hacen 17 impactos perfectos en el Palacio de Toesca. Violento incendio².

Era el fin de la democracia en Chile. El 11 de septiembre de 1973, la primavera estaba por llegar.

Por la distancia del centro, en Ñuñoa sólo pudimos enterarnos por la radio. Oímos y vimos, en cambio, los aviones que lanzaron bombas a la casa del presidente Allende. Terminaba la mañana. Estaba nublado. Era el fin de la democracia en Chile.

Los murmullos se confundían con drásticas órdenes militares: había que vaciar las calles. A riesgo de su vida, nadie podía circular después de las dos o tres de la tarde. El toque de queda se extendería hasta la mañana del jueves 13. Debíamos partir pronto a enfrentar un mundo que no entendíamos.

Recuerdo que el Partido Comunista convocó a sus militantes en una gran sala, en el Departamento de Geografía, tal vez. No puedo afirmarlo, pero tengo la idea de que ciertas consignas pretendieron acallar la congoja y el desconcierto... Puede haber corrido la voz de que el General Prats venía desde el sur. Que el presidente Allende había muerto. Que los militares habían invadido la Universidad Técnica del Estado... Quizá. No lo sé... No creo que haya habido certezas... Lo que se dijo me parece, ahora, vago y difuso. Sin embargo, veo con nitidez que quien nos hablaba era Fernando Ortiz, Profesor del Departamento de Historia y dirigente universitario.

El 11 de septiembre de 1973, en Chile, la primavera estaba por llegar.

“ANDUVIMOS COMO LOS HIJOS QUE PERDIERON SIGNO Y PALABRA”³

Al despertarnos el miércoles 12 de septiembre, la pesadilla proseguía y supimos que era real... y que recién comenzaba. Ese día no hubo actividad alguna pues el toque de queda se prolongó más de 24 horas. Ese día no hubo actividad... civil alguna, y no sólo en Santiago. Chile era un país ocupado por los militares y las “fuerzas de orden”. La ciudad casi desierta y detenida por completo les posibilitaba ejercer el poder absoluto, la violencia sin límites. No había calma en ese silencio, cortado, a veces, por ráfagas de ametralladoras o por el traqueteo penetrante de las hélices de los invasivos helicópteros.

Unos pudimos permanecer en nuestros domicilios. Otros buscaron seguridad fuera. Queríamos saber, necesitábamos comprender cómo de un instante a otro pasamos a ser derrotados y cómo se había deshecho y desplomado nuestro mundo, sus valores, sus normas, su vocabulario. No había nada que preguntar, ¿a quién? Más valía

² Señalaba, con orgullo, una cronología de una antigua revista *Qué Pasa*.

³ Verso del poema “Cordillera”, de Gabriela Mistral.

callar. Habría que reinventarse. Me veo telefoneando incesante, a pesar de creer que los teléfonos estaban intervenidos y que desde los helicópteros podían enterarse de lo que sucedía en cada hogar... Y corrían voces y aumentaban los rumores y terrores mientras el único sonido era la voz (del) general, la voz (del) oficial de los bandos radiales que llenaban las casas y se repetían una y otra vez, más amenazantes en cada ocasión. Y querer mirar con disimulo cerca de las persianas o de las cortinas; y algunos tiros y explosiones; y unas botas que pisaban firmes y seguras en la calle, tras la ventana, como acercándose...; y una breve carrera terminada abruptamente; y algún alarido solitario que se perdía como una hilacha cuando "... llegaron los helicópteros y los helicópteros / se establecieron desde allí hasta siempre / girando y zumbando como tábanos / de acero los helicópteros / girando sobre nuestros cerebros, zumbando sobre nuestros cerebros"⁴. Y corrían voces y aumentaban los rumores y terrores pues alguien había divisado un muerto flotando en el río Mapocho, pero otro desmentía la cantidad y señalaba que eran muchos los cuerpos ensangrentados y arrastrados por las aguas; que se estaba persiguiendo y deteniendo a centenares, a miles de hombres y mujeres; que se estaba fusilando; que en los allanamientos de fábricas y de residencias particulares primaba la arbitrariedad y no se respetaba a nada ni a nadie; que un antiguo conocido había llegado vestido de milico y se jactaba, soploneando; que se habían bombardeado poblaciones, que la violencia e irracionalidad se imponía, y ya comenzaban a conocerse nombres de adherentes a la Junta de Gobierno, se unían a Roque Esteban Scarpa, antiguo Director de la Biblioteca Nacional, el primer civil que hizo escuchar su voz de apoyo por la radio... Por el estado de sitio se justificó la más estricta censura. Y así, sin pausa...

Y a la mañana siguiente, el jueves 13 de septiembre, en la primera plana de los únicos dos diarios que podían circular, se llamó a la delación y se ofrecía dinero si se entregaban noticias de los paraderos de algunos de los protagonistas políticos más... odiados. Por su lado, la incertidumbre y el horror provocó una suerte de avalancha de cosas que se depositaron en las cunetas de muchas calles: docenas y docenas de discos, de revistas, de libros, de afiches, folletos, volantes, expedientes, insignias, estatuillas, banderolas, adornos, *de-un-cuanto-hay* del "santoral" e imagerie de izquierda; todo lo que, hasta ayer, era legal, bienvenido y común-y-corriente y que hoy, sin discusión posible ni racionalidad alguna, sin poder aclarar ni justificarse, era rechazado, ilícito y ponía en peligro. Esa foto de soldados chilenos quemando obras, impresos, gráfica y más documentos, fue la mejor tarjeta de presentación para darse a conocer y evidenciar que nada los detenía y que nada les importaba que se hubiera criticado a los nazis que ya habían encendido esas mismas hogueras tres décadas y media antes. Mientras

⁴ Fragmento del poema "Los helicópteros", de Erick Polhammer.

tanto, los almacenes amanecieron abarrotados de alimentos y de todos los productos que escaseaban y de cuya falta se había culpado al gobierno depuesto.

Y a la mañana siguiente, el jueves 13 de septiembre, ¿dónde ir sino reiterar la cotidianidad de hacía años, de hacía meses, del día a día, hasta sólo dos jornadas atrás?, pero esa cotidianeidad –antigua de sólo dos días– había quedado petrificada en otra era, un tiempo, una realidad y una época que hoy ni siquiera era posible mencionar con nuestro vocabulario –antiguo de sólo dos días–, pero ahora repelido y descartado como si fuera residuo de barbarie; con nuestros gestos, con nuestros ímpetus, hechos, opiniones, principios, utopías, virtudes y errores –antiguos de sólo dos días–, pero totalmente obsoletos, como si fueran despojos de una cultura despreciable, ruinas de una civilización que nunca hubiera existido. ¿Qué fuimos?, ¿qué éramos en ese mismo momento en que estábamos en la calle, ahí, justo en la vereda del frente al Pedagógico, cerrado para nosotros, que sólo ayer trabajábamos allí, que sólo ayer podíamos hablar, que sólo ayer podíamos actuar? Ahí estábamos, una y otra vez, durante semanas, los ex-partidarios del ex-presidente Allende, los ex-militantes de un ex-Partido de la ex-Unidad Popular, así nos nombraban, ahora, las nuevas autoridades, los vencedores, haciendo temblar nuestra identidad. Ahí estábamos, una y otra vez, nosotros, los ex-profesores, los ex-estudiantes, los ex-funcionarios (“no académicos”, les decíamos entonces) del Pedagógico, ahora ocupado por soldadesca con y sin uniforme pues a los militares se les habían unido los miembros universitarios oponentes de la Unidad Popular, celebradores del Golpe de Estado. Empeñados en una re-estructuración que llevó a la expulsión masiva de enseñantes, alumnos y administrativos y a la suspensión de carreras como Sociología y de ciertas materias y enfoques, las clases no se reanudaron hasta marzo de 1974 o quizá después. Profesores de la Escuela de Derecho fueron nombrados fiscales, debían acatar órdenes castrenses (“las preguntas nos las da Inteligencia Naval, y yo me permití responder por ti, y dije que no tenías militancia”, me dijo Irma Céspedes, Profesora de Literatura Española, allí y en la Universidad Católica de Valparaíso –donde yo también impartía Literatura Chilena–, mintiendo para guardarse las espaldas, sabiendo que yo estaba al tanto de que ella misma había militado hasta hacía dos o tres meses). Tan sólo la vanidad logra explicar posturas tan incomprensibles como que el –ya entonces– conocido poeta Nicanor Parra aceptara ser Director del Departamento de Física en una institución que, en esos momentos, no era autónoma y, en parte por esto mismo, había perdido todo el prestigio que la Facultad de Filosofía y Educación había tenido en la historia de Chile.

Y así, el tiempo siguió transcurriendo. Hubo personas que donaron joyas para la “re-construcción nacional” (creo que RE-, junto a EX-, fueron los prefijos más utilizados entonces). Hubo personas que pusieron en riesgo a sus vecinos o a terceros, inventándoles cargos, simplemente porque no los estimaban. El 4 de octubre de 1973, iglesias cristianas y (parte de) la comunidad judía creaban el Comité Pro Paz para defender a los perseguidos. Se supo que el Estadio Nacional, el Estadio Chile y algunos

otros de provincias estaban siendo utilizados como prisiones, tal como algunas islas. Se dio a conocer que los ministros de la Unidad Popular y otros dirigentes estaban presos en la Isla Dawson, más al sur de la austral Punta Arenas. Tampoco se ocultaba la aplicación de torturas: difundirlas era extender la inseguridad y el pánico paralizantes, difundirlas era una secreta amenaza. Como para restarle méritos, se difundió que el presidente Allende se había suicidado, como si su digno suicidio no fuera un asesinato. Mientras tanto, las embajadas se llenaban de asilados. Los exonerados de sus trabajos sumaban miles...

Y seguíamos paseándonos día tras día por un trecho de Macul, los de Castellano y de Matemáticas, de Química, Educación de Párvulos, Bibliotecología y de otros Departamentos, juntos y separados; los comunistas, los socialistas, los del MAPU, los miristas, los independientes de izquierda, cruzándonos, juntándonos, en (encubiertas) reuniones, en grupos (encubiertos) o solos. Y una mañana, desde dentro, llegó una consulta ¿o era una acusación? Preguntaban si entre nosotros estaría Fedra Kusulas Torrezuriz, secretaria de Graciela Uribe Ortega, la secretaria general de la Sede Oriente. Dignos e ingenuos, se decidió que ingresara a responder por su inocencia y probidad, para convencer, además, del recto manejo de esa administración, que ella conocía tan bien. Pasaban las horas y como Fedra no regresaba, Chela solicitó permiso para entrar a acompañarla. Pocos minutos después, frente a nosotros pasó un vehículo universitario llevando a nuestras amigas. Las condujeron directamente al Estadio Nacional. Quedaron detenidas por meses, sin derecho a reclamo ni defensa, como todos los presos de ese tiempo. (Por casualidad, una vez, escuchando un relato de prisión, estuve segura que esta Fedra –grande, atractiva, valiente y leal–, era la misma que Angela, una amiga brasilera, recordaba cuando ambas coincidieron en ese centro de detención y muerte).

No sé si continuamos exponiéndonos (en su doble sentido de “mostrarse” y “arriesgarse”) con nuestras caminatas, después de esta “lección” de prepotencia y arbitrariedad, que no dejaba dudas sobre quién tenía el poder y cómo lo ejercía. No obstante, nuestro candor o necesidad de negar o falta de visión política o... la yuxtaposición de todos estos factores, me impide olvidar que quizá a un mes o dos del Golpe, llegó la orden partidaria de entregar, secretamente, a nuestros colegas, unos volantes que “exigían” que la “autonomía universitaria” fuera repuesta. ¿Reclamar “autonomía universitaria” en un país sin libertad alguna? ¿Reclamar “autonomía universitaria” con posterioridad al bombardeo de La Moneda y a la clausura (momentánea, por lo menos) de todas las universidades y al nombramiento de militares como rectores? ¿O estaba bien reclamarla para traer a la memoria algunos principios democráticos básicos? No tengo respuesta... las preguntas quedan en el aire...

Sí sé que el tiempo pasaba y el espanto seguía. Se sospechaba / sospechábamos / yo sospechaba de todo y de todos. Sabíamos muy poco de lo que realmente sucedía. Los rumores no callaban. A veces, desde lejos nos enterábamos de nuestra propia realidad, gracias al cotidiano “Escucha Chile”, de Radio Moscú (que se inició el mismo

11 de septiembre), y de programas en Radio Berlín Internacional, Radio Praga y Radio Habana Cuba, y por noticias –orales y escritas– desde otros países.

Sí sé que el tiempo pasaba y el espanto seguía, pero con espanto y, a pesar de los horrores, la cotidianeidad, poco a poco, comenzaba a imponerse. A seis meses exactos del Golpe de Estado –un soleado 11 de marzo de 1974– conocí al pintor Guillermo Núñez, quien hasta hoy es mi “compañero” de vida (y no quiero variar la palabra “compañero” a causa de su poderosa carga; la palabra “compañero”, ahora (casi) en desuso, seguramente a causa de su poderosa carga). Sé la fecha precisa porque la recalco la cadena radial obligatoria que había entonces. Creo que si no hubiera encontrado algunos apuntes de esa época, no la recordaría, ni puedo afirmar su frecuencia: ¿sería diaria, semanal o para las efemérides? Tampoco puedo asegurar hasta cuándo se prolongó.

Mientras tanto, en marzo de 1974, en el Pedagógico se darían a conocer los resultados de los simulacros de Concursos Académicos que, aparentando suma “legalidad”, habían sido llamados para proveer los cargos / “nuestros” cargos, declarados vacantes por “decreto ley”, aunque “legalmente” teníamos contratos “de planta”, es decir, por vida, pero eso era *ayer*, *antes de*, antes de que *fuera* el Golpe (así se observa hasta hoy, de modo impersonal, sin atribuir responsabilidades, como si se aludiera a un terremoto o un huracán, de efectos tan cercanos al planificado y dirigido Golpe Militar). Se pretendía comenzar el año académico re-iniciando las clases de la re-estructurada Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, intentando *regularizar* sus actividades –detenidas desde el 11 de septiembre de 1973– y seguir *normalizando* el día a día de la ciudad, del país. Como disciplinada militante, participé de la formalidad y superando en antecedentes a muchos que obtuvieron puestos, fui rechazada de permanecer en la cátedra de Literatura Hispanoamericana y Chilena. Ya no habría más pagos (¡seis meses por un trabajo que no se hacía!) fuera del recinto, al que –lo recuerdo– no se nos permitía acceder como si, indeseables, fuéramos pestilentes portadores de una enfermedad contagiosa.

Mientras tanto, en marzo de 1974, en la Universidad Católica de Valparaíso, y después de haber estado suspendida por varios meses de ejercer la docencia en el área de Literatura Chilena, se me autorizó a enseñarla. Entonces, mis viajes semanales al Puerto se reanudaron. Muchas veces aproveché de ser y servir de contacto y correo entre una abogada comunista y sus parientes cercanos y sus amigos. Asilada en la Embajada de Alemania, donde yo ingresaba a visitar al padre de una amiga, también protegido allí, Olga Morris Barrios tenía varios hermanos y una hermana, todos muy comprometidos políticamente; todos perseguidos de modo brutal. Uno de los menores, Mario Morris Barrios, había sido fusilado a sus 27 años, en octubre de 1973, cuando recién llegaba al norte como funcionario del Departamento de Investigaciones Aduaneras. Recuerdo a su madre, doña Olga, pequeña y triste, pero entera; recuerdo “su excelente mano” y el tomatacán que preparaba, una delicia, además, para la vista

pues el rojo del tomate y la transparente cebolla y los bastones de papas casi blancas contrastaba con el amarillo de los granos del choclo y el oscuro color de la carne.

Recuerdo haber escalado y conocido cerros, ubicando a sus parientes. Estoy casi segura de que ella vivía con su nieto Francisco, hijo de Olga, un rubiecito de unos diez años, quien también había sido apresado, para amedrentar a sus mayores. Con el tiempo, ambos partieron a Alemania a juntarse con Olga. Como tantas, esta familia se desintegró y dispersó por diferentes países. No sé si alguno de ellos pudo permanecer en Chile. Aún en tierras alemanas, antes del fin de la dictadura, doña Olga murió, Francisco no pudo resistirlo y, a los pocos días, decidió acompañarla y, con 25 años, se silenció para siempre, como tantos otros chilenos que no consiguieron soportar el exilio.

Y en Santiago, en mayo, el 3 de mayo de 1974, a Guillermo lo tomaron preso por haber acogido a un buscado que, a su vez, había caído. Estuvo cinco meses incomunicado, con los ojos vendados en los subterráneos de la Academia de Guerra de la Aviación. Les toleraban levantarse la venda por cinco minutos... para que no quedaran ciegos. Nadie podía visitarlo. Le estaba permitido comunicarse por escrito con sus familiares más próximos. Sus cartas, breves por mandato, ya leídas y revisadas, muchas veces censuradas y con fragmentos borrados, llegaban al Ministerio de Defensa. A través de un amigo común, yo, una desconocida para la parentela Núñez, podía saber algo sobre él, muy de vez en cuando. Como si todo fuera normal, con altísimo “legalismo”, cuando fue liberado, se le otorgó este documento escrito a máquina:

“CERTIFICADO

En Santiago, a nueve de octubre de mil novecientos setenta y cuatro, certifico que con esta fecha ha sido dejado en libertad condicional, con la obligación de concurrir a firmar el libro de reos excarcelados de la Fiscalía de Aviación, Ministerio de Defensa Nacional y bajo el apercibimiento de que en caso contrario se despachará orden de aprehensión en su contra, LUIS GUILLERMO NÚÑEZ HENRÍQUEZ, procesado por la Fiscalía de Aviación en Tiempo de Guerra, causa Rol N°84-74.

(firma) CARLOS GARCÍA MONASTERIO
Comandante de Escuadrilla (A)
SECRETARIO”

Sobre la firma, un timbre circular: “Fuerza Aérea-Fiscal-Fiscalía Aviación en Tiempo de Guerra-Comando de Combate.”

Ya libre, de inmediato, Guillermo comenzó a mirar, recortar, hacer esbozos, rescatar, mirar, recordar, rayar, dibujar, improvisar, pintar, escribir..., mirar. El compromiso lo empujaba: no quería enmudecer los abusos conocidos a pesar de la venda, se sentía solidario con quienes aún permanecían en el encierro. Y comenzaron los

preparativos para varias futuras exposiciones: entonces, sobre diferentes soportes, cualquier imagen, cualquier figura –ajena o propia– podía cargarse con el lastre de la responsabilidad (¿de la culpa?), volviéndose dolorosa y lastimadora. Nada nuevo para quien siempre había dibujado y pintado contra la violencia y la crueldad y la injusticia, mostrándolas, fuera donde fuera: en Argelia, Vietnam, Estados Unidos, en América Latina y en Chile, sin duda. Nada nuevo, sólo que, ahora, Guillermo no era sólo observador, sino que, además, era víctima y testigo (testigo “incompleto”, no obstante, para Agamben, por ser sobreviviente). El papel y la pintura también le fueron útiles, y con pinceladas blancas, y de muy pocos otros colores, dibujó danzas macabras, danzas macabras sobre hojas negras, cuasi radiografías del horror, grafías casi, bocetos de la bajeza –que había visto y vivido– donde torturador y torturado se asemejan. Aún había más: las jaulas, reales, de palitos y alambres, que compramos juntos en La Vega. Con un secreto guiño a Duchamp, Guillermo se entremetió en ellas y cada objeto se volvió único al ser invadido por otros objetos y, también, por conceptos y por palabras que mostrarían y demostrarían (a otros, a *los* otros) la autonomía de esta serie cuando fuera exhibida.

Fueron cinco meses, tensos e intensos. Después de la firma semanal del viernes, íbamos, por lo general, a un cine: la vida continuaba. Las películas vistas deben haber sido muchas y más recientes que *Hiroshima, mon amour*, de Marguerite Duras y Alain Resnais, de 1959. Tal vez por sus reflexiones sobre la memoria y el olvido; tal vez por los ambientes de ruinas, ausencias y dolor; por su belleza, indudablemente, es la única que tengo grabada.

Mientras tanto, mi contrato de Instructora de la Universidad Católica de Valparaíso fue caducado en marzo de 1975, y cesaron mis idas a esa ciudad. Curiosamente, no hace mucho encontré mi “renuncia voluntaria” a esa institución, exigencia frecuente de las autoridades de esa época para escabullirse de las denuncias por las numerosísimas expulsiones laborales por razones políticas o por simple arbitrariedad. Curiosamente, en este mismo instante, la tengo ante mis ojos... y la leo...

Mientras tanto, las exposiciones de Guillermo iban tomando forma y había cuatro ya preparadas. Amigos opinaron dosificarlas y parcelarlas, una tras otra. Las jaulas abrirían el ciclo, sería la primera inauguración, y fue clausurada a las pocas horas de comenzar, en marzo de 1975.

“¡Qué va a estar desaparecido su marido, señora, si se debe haber ido con otra!”, hostigaban burlones funcionarios embromando a modestas mujeres, en las colas del Servicio Nacional de Detenidos (¡!), en los locales del clausurado Congreso Nacional. Mientras, en la Cruz Roja, solicitaban regresar después de veinte días, “plazo legal de desaparición”. A su exacto término, una voz anónima previno, por teléfono, que Guillermo estaba en Tres Álamos, uno de los lugares de detención en Santiago. Después, lo trasladaron: vendrían otros meses con idas a la zona de Valparaíso, a Puchuncaví, un pueblo que cambió con la llegada de los Infantes de Marina y sus superiores, “guardianes” del centro vacacional –construido en el Gobierno de la Unidad Popular para ser usado por

trabajadores—, transformado en campo de encarcelamiento (como varios otros), y tanto “se modernizó” Puchuncaví con la llegada de los Infantes de Marina y sus superiores, que llegó a tener prostíbulo... Vendrían otros meses de trámites, dolor, solidaridad, visitas a Tres Álamos, amor, humillantes controles, esperanzas, risas, temores, y el desgarró de la expulsión a Francia de Guillermo, cuya muestra de arte lo volvió “peligroso para la Seguridad Nacional” (sic). Él partió el 30 de julio de 1975 desde ese campamento de detenidos hasta el aeropuerto en un radiopatrullas, vigilado por carabineros con metralletas, hasta el mismo momento de dirigirse a embarcar. Yo había elegido, y aceptado, acompañarlo y pudimos irnos juntos, después de muchas discusiones mías con organismos de refugiados. La foto tomada, caminando uno al lado del otro, por la losa, hacia el avión, evidencia tal felicidad que jamás podría sospecharse que el pasaporte de ese reciente ex-prisionero, decretaba: “Válido sólo para salir del país”. Recuerdo que cuando el Air France hizo una escala en Buenos Aires, la misma azafata nos sugirió no descender. Era el tiempo en que los crímenes de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y de la “lucha contra la subversión” estaban en pleno desarrollo y su violencia ya hacía imaginar que pronto se extendería, sin límites, el terrorismo de estado, como sucedió con posterioridad al Golpe Militar del 24 de marzo de 1976.

Llegamos a París el jueves 31 de julio de 1975 y mientras unos amigos nos encaminaban al hotel donde podíamos permanecer una o dos noches, cerca de Place d’Italie, en la autopista, la cola de autos era interminable, era el fin de un mes de vacaciones y el inicio de otro. Nuestro anfitrión, el OFPRA –Office Français de Protection des Réfugiés et Apatrides– nos facilitó la llegada y, durante un tiempo, la estadía. Nos correspondió un albergue de acogida en Carrières-sur-Seine, en Yvelines, a 12 kilómetros de París, donde podíamos llegar en tren, que nos dejaba en la Gare Saint Lazare. Doce kilómetros que tuvimos que caminar una noche, cuando después de cenar en París, donde una amiga franco-chilena, en una de las pocas salidas nocturnas que hicimos desde el foyer, llegamos a la estación a segundos de la partida del tren. Guillermo corrió y me esperaba, lejos, en el andén, a los pies del último carro. Yo no conseguí llegar y ambos vimos al tren a-le-ján-do-se, len-ta-men-te, me-nos len-ta-men-te, des-pués, y ca-da vez más rá-pi-do hasta que lo perdimos de vista. Demoramos tres o cuatro horas. El tiempo helado ya comenzaba. (En el 2008, en mi segunda vuelta a París después de mi regreso a Chile, sin haber planificado una ida a Saint Lazare, llegué allí porque tenía unas horas libres y un bus 27 se detuvo a mi lado. Dudé por qué escala acceder al inmenso andén con decenas y decenas de carriles, y cuando lo alcancé, el letrero que anunciaba “Houilles-Carrières-sur-Seine” estaba exactamente frente a mis ojos, y un tren me esperaba).

Más que el tamaño del Foyer, su distribución o sus colores y adornos, su cantidad de pisos, de habitaciones y de moradores; más que los detalles del diario vivir: el porte de nuestro dormitorio, las comidas y sus horarios, el frío o el calor que sentí, mi limitado francés o el escaso dinero que teníamos, recuerdo las bataholas que se

armaban entre los refugiados. Vivíamos, en ese lugar (decir “convivíamos” sería falso y no sólo porque no nos entendíamos los idiomas), habitantes de muchas geografías e ideologías. A las discusiones a gritos de argentinos, guatemaltecos, uruguayos, chilenos (seríamos una quincena, creo), brasileños, bolivianos, miembros o simpatizantes de todas las gradaciones de las izquierdas latinoamericanas y españolas (allí estábamos el 20 de noviembre de 1975 cuando –¡por fin!–, terminó la larguísima agonía de Francisco Franco, el Caudillo) se agregaban altercados con empujones, cachetadas, combos, reales pugilatos que pretendían superar una jerigonza de palabras en distintas lenguas y hacerse entender. Alguna vez les ayudó un poco un cubano, muy silencioso, que parecía asustado entre polacos, búlgaros, vietnamitas y rusos. Imagino que en esta guerra (nada) fría, se habrá acudido, también, al francés y al inglés, pero no se trataba sólo de una limitante lingüística pues el muro separador de los dos bandos era inexpugnable y la posibilidad de comprendernos, imposible: nosotros no les creíamos nada a los “escapados” de “los países socialistas” y sospechábamos de ellos; a su vez, ellos desconfiaban de todo lo que contábamos. Cada uno veía en su contrincante un espía, un agente... del capitalismo o del comunismo... Cuando explotaban estos desacuerdos, se limaban todas las asperezas que podían diferenciarnos –a los izquierdistas– y formábamos bloques (casi) homogéneos, sordos a las críticas y con una “fe” y un fanatismo más religioso que político. Mi confianza, por lo menos, demoró en trizarse.

Teníamos derecho a quedarnos seis meses en el Foyer para comenzar a regularizar nuestra nueva vida en su nuevo ambiente y sus nuevas circunstancias. Yo no quería seguir estudiando (en Chile había dejado inconcluso mi Plan de Doctorado), pero encontrar trabajo no era fácil, a dos años del Golpe y las llegadas masivas de chilenos. SOLIDARIDAD era un verbo que los franceses no cesaban de conjugar y hacer realidad hacia nosotros: fue una actitud, fueron acciones generosas, fue confianza, apoyo, comprensión, cariño. Contra todos los pronósticos (mis compatriotas no eran los más optimistas ni los más ayudadores), siguiendo una verdadera cadena solidaria, un Profesor parisino me enviaba a otro y pronto me encontré en casa de Monique Roumette en cuya Universidad no enseñaba ningún chileno. Sus rápidos y buenos oficios me llevaron a toda prisa a una institución del norte de París. Además, por conversaciones y consejos... y sensatez pues tenía la posibilidad de obtener una ayuda económica para refugiados universitarios, terminé inscribiéndome para hacer un Doctorado. Entonces, en septiembre de 1975, a muy poco de aterrizar en Francia, inicié el año escolar 1975-1976 como profesora y como estudiante, pero, para mí, no era la normalidad y para acortar la distancia con Chile, para enterarme de lo que allí sucedía, para sentirme útil, dedicaba muchas y muchas horas a la militancia.

Entre tanto, hacia fines de 1975 abandonamos nuestro hospedaje de Carrières-sur-Seine, donde Guillermo había vuelto a producir. Intentos, descontento, tropiezos: quería pintar sobre vastos fondos negros que, pronto, nada le dijeron, hasta que encontró el blanco. El blanco del no-lugar, de la ausencia, tal vez del exilio, pero, asimismo, el

blanco hospitalario, de la aséptica cirugía, la limpia sala de operaciones, los instrumentos punzantes, los vendajes ensangrentados, las órdenes perentorias; el blanco de la tortura, del no-saber responder, del terror, del horror, del grito y la angustia. “¿Cómo poder decirte que tuve miedo?”, había escrito Guillermo cuando la venda ya no lo cegaba, y fue una frase que repitió... y sigue repitiendo. Y, recién llegado al exilio, fue estructurando una nueva serie de pinturas con mucho rojo sobre fondos blancos. El gran Salón Municipal de Bobigny, en las vecindades de París, donde habitábamos, por unas semanas pareció convertirse en una gran carnicería, cuando allí fueron expuestas. (Para poder residir en un departamento, “de arriendo moderado”, de Bobigny, solidariamente en la Universidad me otorgaron un certificado de sueldo que superaba mi mensualidad. Para poder residir en ese taller de artista, un dúplex HLM, el Office Public d’Habitations à Loyer Modéré cerró los ojos a nuestros ingresos: una vez más, la solidaridad. La evidenciaron, persistentes –desde el alcalde, Georges Valbon, hasta cualquier Balbynien que se enteraba que éramos refugiados chilenos–, durante todos los años que vivimos en esa banlieu de la –entonces– “ceinture rouge” de París, a la que se llegaba –entonces– en un bus que se tomaba en Église de Pantin, entonces terminal de la línea 5 del metro.

Con mi acento (los comentarios “vous avez un petit accent” o “d’où êtes-vous?” o “nous sommes en France, madame!”), de inmediato lograban hacerme tartamudear y al ser diferente y saberme minoría –yo, que en Chile, era de clase media acomodada–, en Bobigny me sentí árabe, mujer árabe, mujer africana. (Para muestra, una anécdota infaltable en mi memoria de exiliada / en mi memoria del exilio: una mañana partí a hacer clases muy temprano, aún en la oscuridad, y en el bus que unía las dos ciudades del norte de París me percaté de que me había equivocado al colocarme los zapatos y que uno era negro y el otro, marrón. No podía regresar, el trayecto tomaba más de una hora. Creí impedir sonrisas burlonas, previniendo: “¿Notan algo raro en mis zapatos?”, pregunté. Después de mirarlos y remirarlos, la impasibilidad fue rota por una de las estudiantes: “Que son muy viejos”, indicó, sin inmutarse).

Fue una suerte vivir en Bobigny porque aprendí mucho; fue una suerte domiciliarse en un sector popular y conocer más de Francia y enterarme de otro París, y también fue una suerte que nuestra dirección no quedara en la “rue du Président Salvador Allende”, donde daban las ventanas de nuestro domicilio, pues no nos hubieran llegado las cartas desde Chile.

Se comenta que éramos como ocho mil chilenos en París y sus alrededores (¿o sería en toda Francia?). En general, estábamos separados por partidos políticos, conservando casi las mismas estructuras que se tenía en Chile. Se mantenían, incluso, taras como el sectarismo (si no habíamos aprendido con el Golpe y sus infinitos golpes, ¿cuándo cambiaríamos?). Hasta hoy, cuando me consultan si conocí a tal o cual persona que estaba en Francia, pregunto a qué colectividad política pertenecía. Salvo por una amistad o por motivos personales o de familia, no era habitual que los militantes de base nos encontráramos más allá de las fronteras partidarias, y menos si eran de un grupo

ajeno a la Unidad Popular, como el MIR-Movimiento de Izquierda Revolucionario (allá, bastante numeroso, por lo demás) o algún sector trotskista o chino (“maoístas”, dicen los franceses). Y no se crea que éramos todos iguales pues por mínimamente mini que sea una sociedad, pareciera que siempre tendrá diferencias y jerarquías, y ésa de los exilados de París no fue excepción, y entre los refugiados chileno-“parisinos” podía distinguirse una élite. Sólo ella fue enfocada por los reflectores de la prensa (*Le Monde*, incluido) cuando por no mucho más de un medio día ocuparon los locales de la Unesco en 1978, solidarizando con la huelga de hambre iniciada en mayo, en Chile, para que se reconociera la “existencia” de detenidos-desaparecidos (y lo digo así, a pesar de la contradicción). El hecho se había propagado y se realizó en cerca de 79 ciudades, de unos 18 países. París no fue la excepción y durante más de diez días –en Chile duró diecisiete–, estuvimos bebiendo sólo agua con azúcar una veintena de militantes y parientes y amigos de quienes la dictadura negaba, asesinándolos por segunda vez, creyendo silenciarlos, a ellos, a sus familias, a sus ideas. Pero, a pesar de los diez o doce días sin comer, importaron más e hicieron más efecto las escasas horas de ayuno de esa “aristocracia” de la izquierda chilena en la Unesco.

Los años pasaban, pasaban para todos y pasaban, también, con muchas caminatas por París, centro de buena parte de mis actividades. Como paseante del exilio en ese tiempo, veía de los ojos para afuera. Podía quedarme horas en el Pont de l’Archevêché contemplando los arbotantes (arc-boutants) de Notre-Dame o cruzar la Place Dauphine, elucubrando dónde se habría ubicado Cortázar para imaginar “Las babas del diablo” (que Antonioni transformó en *Blow Up*), andar por el Boulevard Raspail hasta situarme frente al *Balzac* de Rodin o recorrer los laberintos del Louvre y caminar kilómetros subterráneos hasta el “Friso de los Arqueros” persa, gozar el Pont Neuf envuelto por Christo y Jeanne Claude o –con mayor o menor indiferencia– cruzar semáforos cuando iba a estudiar a la Biblioteca del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la rue Saint Guillaume. Podía advertir edificios, muros, plazas, el metro, los pasajes, las galerías de arte, el Sena y los canales, los monumentos (¡las columnas de Buren del Palais Royal!), y saber de su hermosura, pero todo lo que encontraba y me rodeaba era, para mí, sólo un escenario temporal, un espacio pasajero y fortuito que yo recorría sin *vivirlos*, no *eran míos* porque me desvelaba una pregunta incesante: “¿cuándo *caerá* Pinochet?”. En cambio, ahora, en mis viajes actuales, la belleza y las bellezas de esa ciudad maravillosa, tan conocida (por mí) y tan llena de maravillas, me es cercana y se me ha vuelto propia.

Los años pasaban, pasaban para todos, y yo seguía enseñando y, a su vez, la Universidad francesa me enseñó una apertura de enfoques y materias. Me resultaba admirable que una colega hiciera estudiar la “Segunda Declaración de La Habana” –¡tanto que *creímos* en Cuba y en Fidel!– y, luego, mis lecciones de literatura no se limitaron a leer y repasar novelas, cuentos y poemas escritos pues las canciones, los discursos y otras muchas producciones –orales o no–, también las integraban. Desde 1977 o 1978,

yo había comenzado a escribir regularmente, y sin pausa, cuando pertencí al Consejo de Redacción de la revista cultural *Araucaria*. La asumí como una militancia de lujo, la abandoné, sin embargo, hacia 1981, cuando me marginé –en silencio y con dolorosa dificultad– del Partido Comunista de Chile, responsable de esta publicación, donde no todos sus participantes ni sus lectores pertenecían a él. Y me distancié no sólo por el cambio de línea política y la opción por la violencia (hoy sabemos la gran cantidad de jóvenes asesinados en esas “operaciones”, y ¿dónde estuvieron los dirigentes y sus arengas, sus responsabilidades y compromisos?). Me distancié, asimismo, por la información que nos llegaba desde los países del “socialismo real” (me negaba a aceptar un desnivelado balance “globalmente positivo”, como perdonaba el PCF) y porque la convivencia con otros modos de hacer y enfocar la política y las sociedades, ya me impedía admitir ciertas dictaduras y rechazar otras o considerar que dependía del apellido –socialista / de derecha– para acoger o impugnar la violencia, o concordar con tantos otros maniqueísmos simplificadores y verdades absolutas e indiscutibles.

Y con la perspectiva que otorga la distancia, aprendí y conocí mucho más de y sobre Chile porque, además, el destierro me enseñó a concebirme y sentirme latinoamericana, integrante de un continente que en “esa larga y angosta faja de tierra”, a lo peor se nos desdibujaba por la Cordillera y por nuestra condición lejana y casi insular. Entonces, pensándonos “los ingleses de América Latina”, creíamos que Golpes y dictaduras militares nunca sucederían en nuestro-país-de-larga-tradición-democrática: mito que la derecha había hecho creer hasta a la propia izquierda, que tampoco se había preocupado de desentrañar y desmontar para abandonarlo.

Los años pasaban, pasaban para todos. Seguíamos trabajando por Chile. Todos cambiábamos, Chile cambiaba. Y, en 1981, nosotros nos mudamos a la campiña, a Boësses, en el Loiret, a 90 kilómetros de París, allí donde el horizonte era eterno y la verde planicie no limitaba con montañas. Allí donde el canto del cucú nos hacía lucirnos ante los amigos, donde el hermoso lavadero público envigado todavía se usaba, y el pregonero voceaba las noticias precedido de un tambor, cuando llegamos; allí donde una tarde alcanzaron a sobreponerse hasta tres formidables arcoíris. (Boësses: peregrinación obligada cuando visito Francia, ahora).

Guillermo se sentía más libre, dice que entonces comenzó a pintar más sueltamente, sin sentirse rindiendo cuentas éticas. En sus telas comenzó a aparecer el paisaje: los verdes, la tierra, los cielos, las aves, el vuelo. Era el panorama de Boësses sin serlo pues a su reposo y quietud se añadía el drama, un drama ausente de ese campo, un drama siempre presente en Núñez: era la rotura del surco, el azul rasgado por el ala. Era un paisaje visto con mediaciones. Más interior que exterior, era un paisaje visto desde dentro.

A veces, pocas veces, nevó en Boësses, y si bien las ocasiones fueron escasas, al igual que en París, la nieve me aterraba. Su blanco silencio me sobrecogía en su amenaza de una muerte en soledad. La nieve se me volvió símbolo del exilio, tal como el tango

—y no alguna de las muchas canciones de solistas o grupos chilenos exiliados—, vocalización del paso del tiempo, del recuerdo y la nostalgia, de la ausencia, la despedida, la mudanza, el olvido, la pérdida, la vuelta, el fin... Y yo seguía viviendo la obsesión del retorno cuando, en 1983, el Gobierno publicó listas de autorizados a volver y, en una de ellas, aparecía Guillermo.

Los años pasaban, pasaban para todos, hasta para nosotros que —en 1975, y bastante después— habíamos creído en un pronto regreso. “Abre las maletas, Mateluna”, ordenaban al protagonista en *La increíble y triste historia del general Peñaloza y el exiliado Mateluna*, la obra de teatro de Oscar Castro, que tanto nos interpretó, haciéndonos reír, llorar, reconocernos. “Abre la maleta, Mateluna” era el mandato que muchos de nosotros mismos tratábamos de cumplir, pero en el momento en que comenzamos a preparar la partida, yo encontré todos los envoltorios de los electrodomésticos: al comprarlos habíamos pensado que, tal vez, podríamos viajar y retornar con ellos, quizá. Con emoción y alegría fuimos dos veces a Chile, antes de marcharnos, definitivamente, en 1987. Pero al irnos no hubo sentimientos simples y netos, las emociones y sentires eran entremezclados y complejos, estábamos confundidos y tironeados por todo lo que, ahora, dejábamos en Francia después de doce años de residir allí. “Si tú te exiliaste por mí, yo me exilio por ti”, me dijo Guillermo, con su humor negro.

Llegamos, juntos, a un país, todavía en dictadura, un día después de mi cumpleaños 39. Convencida de que podía aportar y transmitir lo que había aprendido (¿?), debía hacer intentos para insertarme. Nada era fácil. No tenía un trabajo estable, ya no enseñaba, conocía a poca gente, pocos me conocían. Se sospechaba de quienes habían estado fuera (hasta hoy se cree que fuimos privilegiados por vivir la dictadura en otra geografía). Por no sentirme acogida, me movía y hablaba con precaución, como si no estuviera en mi medio. Con el entusiasmo de la campaña para el Plebiscito de 1988 que decidiría si Pinochet se quedaba hasta el 11 de marzo de 1997, el ambiente y las actitudes de la gente cambiaron y se (re)conoció una solidaridad y un espíritu colectivo que muchos habían desaprendido o, tal vez por temor, era contenido y estaba silente, mientras un individualismo generalizado dictaba sus normas, frías e implacables. Al trabajo organizado, la entrega, la participación, la toma de conciencia, el aprendizaje de miles, se añadió una buena propaganda televisiva, que no dejó de mostrar los abusos y atropellos del poder autoritario en su ya largo período. Yo participé activamente en el proceso. Ese 5 de octubre se impuso la memoria y el NO obtuvo el 55,99 %..., ya no existía apoyo general al General. Le decíamos NO a la dictadura y sus efectos, optando por la democracia y la libertad. El triunfo del NO fue elegir oponerse a las injusticias y hacer comparecer a los detenidos-desaparecidos, a los fusilados, presos, torturados, exiliados, relegados, exonerados. Con el triunfo del NO afirmamos la negación al olvido y a todas las formas de represiones y de violencias, activas o encubiertas. Una palabra para la película *NO*, donde están ausentes estas preferencias. Mi visión de ese tiempo ni se roza con la de Pablo Larraín (1976), su director. En el film, la campaña

publicitaria, transmitida por televisión, ocupa el lugar fundamental y se considera *el* gran motor que llevó a la victoria del NO, desatendiendo los antecedentes ligados al contexto histórico, simplificado hasta la caricatura. De todos modos, a pesar de su liviandad... o a causa de ella, la cinta me parece una buena muestra de lo que es el Chile del presente debido a su fascinación por el mercado y por el modelo económico neoliberal, herencia de Pinochet y los Chicago Boys, respetado y profundizado durante los casi 30 años de manejo del país por la Concertación de Partidos por la Democracia.